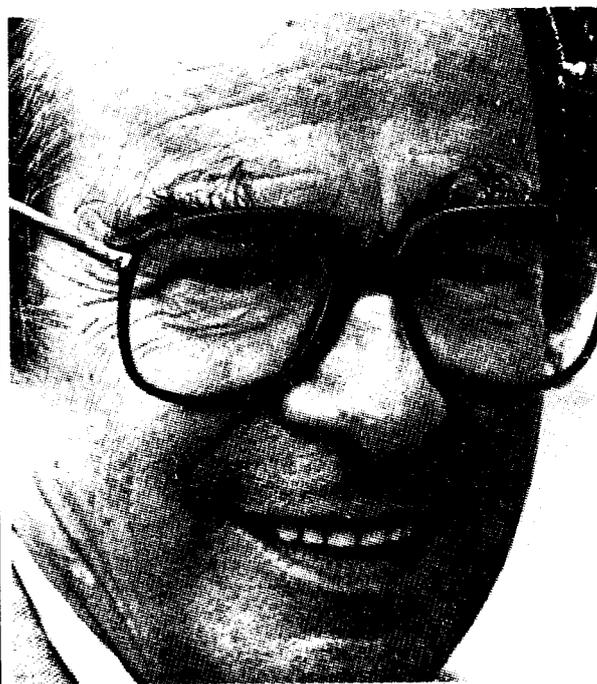


ALLENDE Y LA IZQUIERDA DESVARIADA



Darcy Ribeiro. Científico social y político brasileño.

Escribo sobre un hombre bravo. Un héroe-mártir más que la historia nos brinda, cuando lo que hubiéramos querido era tenerlo con nosotros en las luchas por conquistar la condición de pueblos autónomos que existan para sí mismos y vivan según su propio proyecto.

Escribo sobre un estadista. El más lúcido con quien conviví y, el más combativo, que deja como legado para nuestra reflexión la experiencia revolucionaria más temeraria, generosa y avanzada de nuestro tiempo: edificar el socialismo en democracia, pluralismo y libertad.

Escribo sobre la muerte de un amigo queridísimo que amaba la vida, pero sabía y sentía que sólo vale la pena vivirla en dignidad y si ella es dedicada a una causa socialmente generosa.

Escribo, de hecho para meditar sobre este último y asombroso episodio de la historia latinoamericana: el asesinato de un presidente en el auge de su prestigio popular, aunque también bajo la más extremada odiosidad de los privilegiados.

Yo lo veo con sus cuarenta compañeros, armas en ma-

nos, tirando para defender, ya no al palacio de La Moneda bombardeado y en llamas, sino la dignidad del pueblo chileno y la coherencia de su liderazgo revolucionario. Oigo su última proclama como si estuviera allí a su lado: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto".

Escribo perplejo y apasionado. ¿Cómo no emocionarse frente a los cuadros de esta tragedia? El compañero presidente, primero abatido por balazos en el estómago y en el pecho, después acribillado. ¿Cómo no espantarse ante el último homenaje de los compañeros que sientan a Allende muerto en la silla presidencial, le ponen la banda simbólica de su mando constitucional y lo envuelven en la bandera patria para volver, en seguida, al combate sin esperanza? ¿Cómo no reconstruir, con espanto, la marcha fúnebre emprendida en secreto, con la familia andando bajo la mira de fusiles, detrás de un féretro sellado para esconder el crimen hediondo?

Pero no escribo para lamentar. Lo hago buscando ser digno de Allende, para dar aquí mi visión de nuestros errores, los de las izquierdas, que permitieron al imperialismo esta nueva victoria sobre nosotros. Mi preocupación es cla-



mar contra nuevos errores fatales que estrechen más aún esta Nuestra América, cada vez menos nuestra.

Por todas estas razones que nadie espere de mí un análisis frío ni contemplaciones, con quien quiera que sea. Yo, como todos los latinoamericanos que de hecho lo son, estoy impactado hasta la última fibra por la tragedia chilena; por la visión de los compañeros que fueron y siguen siendo masacrados; por la imagen del pueblo chileno acorralado y sometido a un horrible gorilaje

Un estadista pionero

Conocí a Salvador Allende en 1964, cuando él nos fue a visitar, a Goulart y a sus ex ministros exiliados en el Uruguay y me acordaré siempre de las largas conversaciones que tuvimos. Recuerdo sobre todo el encantamiento que produjo en mí —entonces un provinciano brasileño que sólo después aprendería a ser latinoamericano— la lucidez y la pasión con que él analizaba y evaluaba nuestro fracaso: “es como una inmensa montaña que se hunde dejándonos un hueco enorme, insustituible”. Por sus palabras percibí más claramente las dimensiones continentales y mundiales de nuestro fracaso y su terrible impacto sobre la lucha de liberación de América Latina.

Lo ví después muchas veces, principalmente cuando pasé a vivir en Chile, meses antes de que él asumiera la Presidencia. Fui por casi dos años, con Joan Garcez, uno de sus colaboradores, que estudiaba con él la situación política, analizaba las alternativas de acción y le preparaba notas inspiradas en su pensamiento. Salí de Chile hace un año —llamado para las tareas que me ocupan en Perú— pero cada una de las veces que volví para visitarlo, él me hizo sentir

generosamente su aprecio. Hablábamos durante horas que eran de enseñanza para mí y de viva percepción de la lucidez de Allende estadista que, frente a una ruta pionera, abría su camino, con tino, osadía y coraje.

Mi sentimiento fue siempre —y lo es más aún ahora— el de que Allende, en el plano ideológico, era un hombre solo, sin ayuda, incomprendido. Los mismos chilenos más cercanos a él se sorprendían cada día con la grandeza del hombre que los incitaba y comandaba. No les era fácil sustituir la imagen ingenua del viejo parlamentario, demasiadas veces candidato a la presidencia, por la figura de estadista que en él reconocía ahora, sorprendidos, a veces dudosos. Más difícil todavía era para muchos aceptar el liderazgo de un estadista, dentro de un proceso político dado, cuando lo que en realidad aspiraban era a un comandante dentro de un grupo de acción directa.

Aquel hombre solo, encabezaba, diseñaba y dirigía el proceso político más generoso y complejo del mundo moderno, elevando a Chile a alturas incomparables de creatividad teórica y a osadías impensables de repensar todo lo que las izquierdas tenían como dogmas. Su tarea era nada menos que abrir una ruta nueva, evolutiva al socialismo. Una tarea sólo comparable a la de Lenin cuando hostigando a su viejo amigo Kautzky, reivindicaba el derecho y el deber de intentar la edificación del socialismo en la Rusia atrasada, en lugar de esperar la tantas veces anunciada revolución alemana o inglesa.

Esta revolución que jamás ocurrió, pero parecía corresponder mejor a las previsiones de Marx de un socialismo maduro que superaría y trascendería un capitalismo plenamente desarrollado. La revolución concreta, viable, pensaban Lenin y Trotsky, era aquella la de la Rusia del atraso, en la cual el socialismo sería llamado a promover el desarrollo que el capitalismo era incapaz de lograr, para crear allí las

bases de expansión de la revolución mundial. Y así fue. Sin la URSS, el milenio hitlerista de la burguesía alemana en el umbral de la desesperación, habría degradado lo humano hasta el límite último de la iniquidad.

Allende, por un vuelco en la historia, tuvo que revivir el mismo destino pionero, llamado a concebir y a concretar la segunda vía al socialismo. Aquella que hubiese debido ocurrir en Francia o Italia con sus enormes, flojos y connivientes partidos de izquierda, pero se abrió en Chile del cobre cautivo.

Trampa de la historia

Para esta gigantesca tarea político-ideológica, Allende estaba solo. Para unos, los ortodoxos, la vía chilena era una especie de trampa de la historia que ponía en riesgo conquistas y seguridades duramente logradas en décadas de luchas. A pesar de esto, fueron los que mejor comprendieron el proceso en su especificidad y los que más ayudaron a realizar sus potencialidades, como a reconocer sus limitaciones. Pero esto es decir muy poco cuando, en realidad, los comunistas chilenos fueron el único apoyo sólidos y seguro con que contó Allende en sus tres años de lucha.

Para otros, los desvariados, no existía ninguna vía chilena. En la ceguera de sus ojos, tapados por esquemas formalistas y el sectarismo de su disposición unívoca hacia un voluntarismo, tan heroico cuando ineficaz, sólo querían convertir a Chile en Cuba, concebida como único modelo posible de acción revolucionaria. Además de visiblemente inaplicable a las circunstancias chilenas, el modelo que tenían en mente no era más que una mala lectura teórica de la experiencia cubana. Inaplicable en cualquier parte, porque sólo veían en ella la acción armada, cerrando la percepción a toda la compleja coyuntura política dentro de la cual la acción guerrillera tuvo lugar y eficacia.

Alienados por su visión paranoica, negaron de hecho su concurso al proceso que Allende comandaba y le crearon sus primeros graves problemas internos. A cierta altura, en su oportunismo por actual a cualquier costo profundizando el proceso, se convirtieron en provocadores. Teniendo una línea de acción más bien etnológica que política, se hicieron agitadores eficaces de los seculares reclamos de los indígenas Mapuche, conduciéndolos a invasiones antes de que la Reforma Agraria en curso atendiera a sus reivindicaciones. Más tarde, con la misma postura alucinada, pasaron a agitar a los pobladores, creando crecientes áreas de roce con la legalidad, cuya defensa era la condición misma de llevar adelante, con éxito, el proceso chileno, en una coyuntura de dualidad de poder.

Su alucinación, común a tantos grupos ultriztas de todas partes, sólo es comparable a la alieneación religiosa de la que hablan los clásicos. Así como ésta impide ver el mundo real —porque sólo tiene ojos para ver demonios y santos en acción sobre los hombres— el desvarío ultrizta es también una alienación que imposibilita ver la realidad porque interpone, entre ella y el observador, dogmas y esquemas llamados marxistas pero que desesperarían a Marx si él tuviera que escucharlos.

Los socialistas, miembros de un partido electoralista, vivían del antiguo, renovado y creciente prestigio popular de Allende. Pero, vacíos de una ideología propia, pasaron a funcionar, por un lado, como una caja de resonancia de los

desvariados, creando con su radicalismo verbal y su inflexibilidad táctica, los mayores obstáculos a la conducción política. De hecho, la mayoría de sus fracciones actuó más bien en contra de Allende —a través de denuncias descabelladas, de exigencias infantiles y de propuestas provocativas— que en contra del enemigo, jamás reconociendo y ajustándose al carácter gradualista del proceso chileno y a sus requerimientos específicos de eficacia. Por otro lado entregados a disputas estériles con los comunistas, pusieron en eso más energías que en la lucha concreta contra el enemigo común. Ultriztas y socialistas parecían mancomunados para negar a Allende, por sectarismo y ceguera, toda flexibilidad táctica que hubiera abierto los horizontes de acción política indispensables para hacer frente a la contrarrevolución y a la sedición militar. Así, sus acciones, en lugar de frenar una escalada que sólo servía al enemigo desesperado, forzaba su intensificación en las áreas y sectores más inadecuados, facilitando la actividad contrarrevolucionaria que progresaba en todos los campos y la sedición milita que Allende buscaba frustrar con apoyo de los oficiales fieles al orden constitucional.

Las izquierdas alienadas

Lo más doloroso de mi experiencia chilena fue ver la soledad de Allende. ¿Dónde estaban, entre tantos teóricos, los efectivamente capaces de ayudarlo a definir los requisitos específicos de explotación de la vía chilena? ¿Dónde estaban, entre tantos marxólogos y politicólogos, tan habladores, los de hecho capacitados a diagnosticar los problemas concretos y a formular soluciones asequibles? ¿Dónde entre tantos izquierdistas facciosos, los cuadros indispensables para llevar a la práctica, en las bases, las palabras de orden de Allende?

Lo más doloroso fue ver los mejores revolucionarios, por su disposición generosa de entregar sus hígados a las balas en actos de voluntarismo heroico, negase a poner el hombre al proceso concreto que diariamente Allende llevaba adelante.

Lo que vi fueron los mejores teóricos —porque habían leído más esa tontería exegetica que se autodenomina marxismo— deambulando por Chile como si estuvieran en la luna, incapaces de percibir y entender el proceso revolucionario que tenían delante suyo porque a sus ojos ciegos tratábase de un mero reformismo, unos y otros exorcizaban más que combatían, en actos más simbólicos que concretos y se alimentaban recíprocamente con su palabrería. Pero de hecho se negaban a las tareas de la historia concreta que protagonizaban a su pesar, suspirando por una revolución de quimera que algún día caería sobre sus cabezas.

Es cierto que hubo muchas excepciones. Aquellos que, a partir de su experiencia libresco pero trascendiéndola se entregaron a la lucha unitaria. A ellos, a su capacidad política, se debe el vigor extraordinario que el proceso chileno llegó a alcanzar. Por un lado, en la forma de un gigantesco movimiento de masas que por largo tiempo enfrentó y paralizó las maniobras fascistas. Por otra, en la forma de luchas de clases llevadas a un nivel sin precedentes que, bajo condiciones adversas, ganaron para la Unidad Popular el apoyo de la mayoría de la población, oponiendo crudamente el pueblo a las capas privilegiadas e imposibilitando que las huelgas políticas paralizaran la industria.

Lo que se veía en conjunto, sin embargo, era a Allende hostigado por las izquierdas alienadas, luchando contra una derecha que, sintiéndose herida de muerte, alcanzó una lucidez desesperada por saber que no podría sobrevivir a dos años más de gobierno de la Unidad Popular y se dispuso a hacerlo todo para derrocar a Allende.

Las izquierdas desvariadas jamás evaluaron esta situación. Por eso debemos reconocer que su radicalidad no se fundaba siquiera en los esquemas inspirados en textos referentes a los momentos más álgidos de la lucha revolucionaria. Ningún revolucionario consciente provocaría a la derecha buscando radicalizar un proceso político sin haber preparado previamente a los trabajadores y al pueblo para conducirlos, en una convulsión social generalizada, al enfrentamiento con la reacción, con posibilidades de victoria.

En efecto, la radicalización ultrista de la izquierda, sumada al terrorismo de derecha, confluyeron en beneficio de una contrarrevolución orquestada por un comando unitario desde el punto de vista político y militar y conducida por agentes provocadores costeados y asesorados internacionalmente.

Desde el primer momento, Allende percibió con toda lucidez que eran falsos, o que no se aplicaban a la vía chilena, algunos de los célebres dogmas de las izquierdas desvariadas. Entre ellos, el de que se avanza hacia el socialismo exclusivamente por la lucha armada; de que el socialismo se construye sobre el caos económico; de que cumple derrocar previamente toda la legalidad burguesa para abrir paso al socialismo.

Tradición del ejército

El primero de esos dogmas se expresaba en la convicción generalizada de que entre el *statu quo* y el socialismo estaría el cadáver de las fuerzas armadas. Allende sabía que no podía enfrentarlas directamente, y las veía con más objetividad. Primero, como una burocracia tan jerarquizada que podría quizás ser sometida a los mandos institucionales. Segundo, como una institución eminentemente política, proclive al fascismo por lealtades clasistas, por su constitución y adoctrinamiento, pero susceptible de ser dividida y anulada políticamente por la acción disciplinada del pueblo organizado.

Dentro de esta concepción suponía que, bien conduciendo el proceso chileno, el brazo armado del viejo orden o parcelas ponderables de él, podrían convertirse en custodios, de un orden solidario. Esto si no se sentían amenazados en su sobrevivencia institucional ni perjudicados en sus privilegios. "Sufrirán crisis histéricas en la transición", decía Allende, que concebía estas crisis como intentonas y golpes. Confiaba, sin embargo, en que podría, probablemente, controlar esos levantamientos a condición de que algunos cuerpos de las fuerzas armadas se mantuviese fieles a la legalidad institucional y de que los militares incorporados a las tareas del desarrollo nacional le brindasen apoyo político. Pero, sobre todo, demostrándoles fehacientemente que en Chile no se repetiría lo de Vargas en 1954, lo de Perón en 1955, lo de Goulart en 1964; quienes, frente a la alternativa de una convulsión generalizada y de una guerra civil prefirieron caer a luchar.

Allende actuó siempre, hasta el fin, dentro de esta perspectiva. Matuvo el poder por tres años, obligando a las

fuerzas armadas a ejercer sus funciones de garantes de la seguridad del Estado en la represión al terrorismo de derecha. Al mismo tiempo llamaba al pueblo a la defensa de las conquistas del gobierno de la Unidad Popular. Estas dos clases de directivas, dadas simultáneamente, aunque contrapuestas, pudieron, sin embargo, ser llevadas muchas veces a la práctica.

Así, por largo tiempo, Allende disuadió a los militares golpistas de la conspiración por la certeza que les infundió de que un golpe sumergiría el país en una guerra civil en que todo lo que eran y tenían sería puesto en juego. De esa forma pudo convocar generales para integrar ministerios, no porque tuvieses afinidades con la orientación política del gobierno, sino en el cumplimiento de órdenes estrictas, dictadas en nombre de la seguridad del Estado. También de esa forma pudo contar con el apoyo de muchos oficiales, una minoría es cierto, pero una minoría que tendería a crecer si otro fuera el curso del proceso.

El momento más alto quizás de esta interacción del gobierno de la Unidad Popular con los militares fue cuando Allende logró, en su viaje a la Argentina, que Lanusse, en lugar de dirigirse a Brasil fuera a Chile. Ello significó no sólo una derrota de la política de fronteras ideológicas, sino también una victoria del derecho de los latinoamericanos al pluralismo ideológico y una enorme hazaña militar. De hecho, con esta distensión, Allende demostró a los generales que, por su acción política, garantizaba mejor el enfriamiento de las fronteras con la Argentina que con cualquier carrera armamentista y principalmente, que un poder socialista no tenía por qué debilitar la seguridad nacional.

Sin embargo, para proseguir en este control institucional de las fuerzas armadas sería necesario llenar un requisito indispensable: el de que Allende asumiera efectivamente el comando unificado sobre las izquierdas militantes y las pusiera en acción dentro del cauce del proceso. Esto jamás lo logró. Los actos desesperados de la izquierda desvariada, junto a la inacción y la palabrería de los confusos líderes socialistas, contribuyeron para minar estas condiciones, facilitando así la tarea de una derecha entregada francamente a la contrarrevolución.

El chantaje de la derecha

En estas condiciones, los liderazgos demócrata-cristianos aliados a la extrema derecha hicieron del Parlamento un órgano de provocación, chantaje y bloqueo al poder ejecutivo, al mismo tiempo las altas jerarquías del poder judicial cuestionaban la legalidad de las acciones del gobierno. Simultáneamente sus aliados ideológicos llevaban a las capas medias a la desesperación por el temor de perder, no lo que tenían, sino sus vanas esperanzas de enriquecimiento y de prestigio que, se les decía, en un régimen socialista serían rotundamente negadas. Por otro lado, los provocadores profesionales activaban a la *lumpen-burguesía* de los cien mil micro-empresario, camioneros, feriantes, etc. y a la enorme masa que estaba bajo su control, para toda suerte de acciones subversivas y de sabotaje contra el gobierno. Aparentemente se trataba de sectores desorganizados e impotentes frente al fuerte apoyo obrero de la UP. En realidad, incitados por sediciosos dispuestos a todos tipos de actos de terrorismo, sobornados por los acaparadores que montaron el desabastecimiento y coordinaban el mercado negro condu-

jeron, por dos veces, al país a la parálisis. En la primera pudieron ser contenidos por las fuerzas armadas y por las organizaciones populares. En la segunda prepararon el desastre final porque la conspiración militar ya había desarticulado el aparato represivo del Estado y las organizaciones populares, confundidas por los comandos radicales, habían perdido las condiciones de actuar.

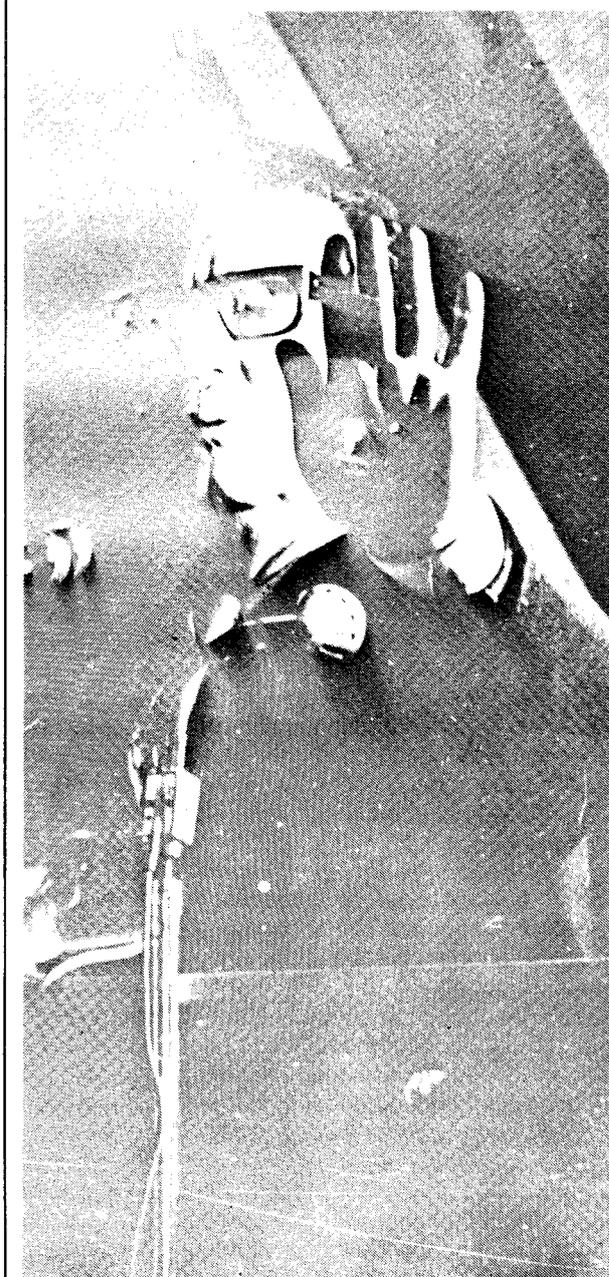
Otra convicción de las izquierdas desvariadas que Allende negaba, era la de que el socialismo se construye sobre el caso económico total, partiendo de un comunismo de guerra, para una posterior reorganización institucional de la sociedad en nuevas bases. También esa estrategia era inaplicable a Chile y no era necesaria. La política económica de Pedro Vuscovich, fundada más en el uso práctico de las palancas administrativas disponibles que en la conquista previa de una imposible legalidad socialista, se reveló de hecho mucha más eficaz de lo que se podía prever. Estas conquistas fueron logradas dentro del marco general de la institucionalidad previa, pero aplicándola con sentido opuesto, mediante el uso de los instrumentos legales de la dominación clasista, ahora para contener el privatismo y avanzar, paso a paso, contruyendo las bases de una nueva economía colectivista.

Es cierto que, en su límite, la coalición parlamentaria centro-derechista y el poder judicial, jugando con la legalidad para debilitar la autoridad de Allende como comandante en jefe de las fuerzas armadas, así como la acción mancomunada de los políticos y los empresarios para provocar el colapso económico, crearon condiciones para una insurrección incontenible. Pero muchos otros factores además de las acusaciones de *legalismo o reformismo* por parte de la izquierda, se conjugaron para este efecto. Entre ellos, la indisciplina de las propias izquierdas que contribuyó, por igual, a erosionar el poder de comando del gobierno, la moral de las organizaciones populares, el poderío de los sindicatos y la acción de la oficialidad fiel al régimen constitucional.

Hay mucho que aprender de esta experiencia única de repensar con originalidad los principios de la política económica para brindar un cauce de transición al socialismo. Entre sus logros se cuenta el de acabar con el desempleo, el de elvar sustancialmente el patrón de vida de las capas más pobres; el de aumentar ponderablemente la productividad industrial; el de intensificar la reforma agraria; el de imponer el control estatal sobre la banca privada y el comercio exterior, el de socializar las empresas claves; y sobre todo, el de recuperar para los chilenos las riquezas nacionales, empezando por el cobre, sujeto desde siempre a manos extranjeras.

Allende logró probablemente más, en tres años, por esta vía, que cualquier revolución socialista en igual período. Por eso ganó elecciones, siendo Gobierno, lo que jamás había ocurrido antes en Chile. Pero también llevó a todos los privilegiados a la desesperación, desafiándolos a promover la contrarrevolución como único modo de garantizar su propia supervivencia como clase.

Aquí conviene recordar que Allende —aunque solo también en esta tarea— hizo lo posible para disuadir a las capas medias de profesionales de entregarse a la sedición. Sin embargo, el carácter del proceso, su marcha gradativa pero inflexible hacia el socialismo hizo imposible este enlistamiento. Una por una de las instituciones representativas de estas capas, los gremios de empresarios medianos, los colegios profesionales, las federaciones estudiantiles de ni-



vel medio, los universitarios fueron entregándose a la contrarrevolución.

La contrarrevolución en marcha

Frente a esta radicalización habría sido indispensable contar con los medios adecuados para vencer la contrarrevolución en marcha. Esto, dada la dualidad efectiva de poder, fue resultando imposible, ¿cómo tratar con mano dura a los acaparadores y especuladores? ¿Cómo reprimir severamente al terrorismo de los grupos fascistas? ¿Cómo limpiar el medio financiero del capital aventurero que, fuera de la banca, especulaba libremente? Combatir a un tiempo todas estas fuentes se tornó políticamente impracticable desde que la DC, jugando con la inflación, el colapso económico y el golpe negaba todo al gobierno en el Parlamento y se hacía sorda a los llamamientos y denuncias de Allende sobre la marcha del golpe contra la democracia y las instituciones que ella pretendía defender. Habría sido por igual indispensable imponer un racionamiento en manos de las fuerzas armadas, lo que encontraba oposición hasta en las izquierdas radicales que jugaban con el desabastecimiento como técnica de control de las barriadas. Sería indispensable también haber enfrentado con más ayuda de la que tuvo Allende el cerco económico externo que, boicoteando las exportaciones chilenas y actuando sobre la banca internacional para presionar a Chile a pagar su astronómica deuda externa heredada de la DC, creó las mayores dificultades económicas al gobierno popular.

Nadie puede olvidar la contradicción flagrante entre la valoración imperialista del proceso chileno como de importancia trascendental y su subvaloración por las potencias socialistas. Excepto los cubanos, que hicieron lo imposible para comprender y ayudar a Allende —reduciendo incluso sus pocas raciones alimenticias para donar azúcar y otros artículos a los chilenos— el apoyo socialista en el campo económico, que era lo único requerido, fue menos que mediocre.

Bajo estas presiones adversas y las desastrosas huelgas en la gran minería del cobre, la política económica de Allende que permitió inicialmente alcanzar enormes victorias en la lucha por desmontar las bases del orden privatista, terminó por sucumbir desbaratada por una inflación galopante. Es decir, la economía hizo lo posible por sostener la política de la Unidad Popular, pero cuando necesitó medidas políticas para seguir adelante, éstas le fueron negadas.

Allende supo siempre que luchaba sobre el filo de la navaja, que su esfuerzo por encontrar el camino adecuado

para la transición evolutiva al socialismo involucraba un gran margen de riesgo que él debería aceptar. Recusar estos riesgos sería caer en componendas parlamentarias que desnaturalizarían al proceso chileno como vía hacia el socialismo o en aventurismos voluntaristas que lo habrían tumbado mucho antes. La dura verdad es que sólo llega a acertar en intentos grandiosos como el de Allende quien acepta el reto, siempre posible, de un error fatal. El resultado en Chile fue el desastre y el retroceso que hoy lamentamos. Sin embargo, pudiera haber sido otro, la victoria. La evidencia de esta posibilidad fue lo que unificó todo el centro y la derecha en la sedición.

Coraje para la autocrítica

Lo que pido es tan sólo que meditemos sobre la lección con el debido respeto por su grandeza y con el coraje necesario para la autocrítica. Todos nosotros, la izquierda de América Latina y del mundo fuimos derrotados en Chile. Cada uno de nosotros tiene por ende su autocrítica a hacer, tanto por lo que hicimos de dañoso al proceso chileno como por lo que dejamos de hacer en su apoyo.

Lo que no puede ser puesto en duda es que Allende explotó hasta los últimos límites las posibilidades que la historia abrió a los chilenos para edificar el socialismo en democracia, pluralismo y libertad. Tuvo posibilidades de victoria respecto de las cuales la derecha chilena y el imperialismo jamás dudaron. Su lección es habernos indicado un duro y difícil camino. Un camino que exigirá, mañana, de los que retomen, la misma lucidez, enterza, rectitud y coraje con que Allende marchó por él hasta la muerte con el propósito de, sobre su derrota, abrir un cauce unitario al nuevo y cruento proceso chileno.

En el Che, la historia nos dio el héroe-mártir del voluntarismo revolucionario que vino a dignificar la imagen desgastada de los liderazgos burocráticos de la vieja izquierda. Con Allende, ella nos da al estadista combatiente que llega hasta la muerte luchando en su esfuerzo por abrir a los hombres una nueva puerta hacia el porvenir que puede ser y que debe ser.

El será el héroe de los que tengan, en el futuro, que luchar de hecho por el socialismo, bajo oposición parlamentaria y bajo el riesgo de un golpe militar. Ojalá donde y cuando ello ocurra, exista una izquierda por fin políticamente madura y desacralizada de dogmas pueriles, tan combativa como lúcida y, sobre todo, capacitada para ver objetivamente la situación en que actúa y para aceptar y enfrentar las tareas que la historia le imponga.